

ÉTIENNE, R. 1997.

*Jules César.*

Libraire Arthème Fayard.

Según R. Étienne reconoce, en la introducción a la biografía de su *Jules César*, publicada en 1997, «il ne s'agit pas de juger un personnage», sino que «il faut le comprendre» (p. 7). Este objetivo, si cabe más intimista y, en consecuencia, inevitablemente más profundo, que el mismo R. Étienne califica de «audacieux, si non présomptueux» justo en la primera línea de su obra, parece ser que es el que ha impulsado al historiador francés a escribir su peculiar visión de Julio César, al que ya dedicó, hace más de dos décadas, *Les Ides de Mars. L'assassinat de César ou de la dictature?* (París, 1973).

Étienne ya en el primer capítulo de su libro, tan pronto como se adentra en el análisis de la personalidad de Julio César, descubre a un político en su opinión tremendamente innovador. Su herencia familiar en el campo político-social era antagónica y ambigua: de familia marianista y patricia por parte paterna, la de *C. Iulius Caesar*, emparentada con el mismo Mario, y sulana y plebeya, por la materna, una *Aurelia*, hija de los *Cotta*, y con un marcado carácter sagrado y monárquico: por un lado, la genealogía mítica de la *gens Iulia* la dotaba, como familia troyana, de ascendencia divina, descendiente de *Iulus*, el hijo de Eneas, y, por lo tanto, entroncada con la Venus de los Enéadas y con Marte, padre de Rómulo y Remo; por otro, la boda del abuelo de César con una *Marcia Rex* emparentó la familia con los *Marcii Reges*, los primeros reyes de Roma, que también contaban con Marte entre sus ancestros.

Étienne cierra su primer capítulo, titulado «Le double héritage d'une illustre naissance», con estas palabras a modo de cuestión abierta: «Ce double héritage, politique et religieux, qui l'accompagne dès son berceau va-t-il peser sur lui, va-t-il l'entraîner vers un conformisme étroit perpé-

tuant le modèle de l'aristocrate patricien, ou bien César ne va-t-il pas être tenté de s'émanciper autant des hommes que des dieux, même si, dans ce deux héritages dont il doit s'affranchir, il dispose déjà des leviers qui vont soulever le monde? César ne va-t-il pas chercher avec opiniâtreté et intelligence à être lui-même, un César fils de personne?» (p. 17). La lectura de su libro nos lo muestra principalmente como una respuesta a esta pregunta y en ello radica la mayor novedad de su planteamiento. Sus cuatro macrocapítulos, que Étienne llama «livres», se organizan y titulan para contestarla: «Livre I: Fils de Vénus?» (un estudio de su herencia, de su *cursum honorum* y de sus relaciones amorosas), «Livre II: Fils de Mars?» (su papel en la guerra de las Galias y la guerra civil), «Livre III: Fils de personne» (su creación de un nuevo orden, la monarquía absoluta), «Livre IV: Père de tous».

En opinión de Étienne, la respuesta es negativa a las dos primeras preguntas: hijo de Venus? (libro I), hijo de Marte? (libro II). El historiador francés constata que César en su *cursum honorum* no invocó la intervención de ningún intercesor divino —ni siquiera para la elección al cargo de *pontifex maximus*— y que tampoco lo hizo para justificar sus empresas como general. No plantea sus éxitos militares como consecuencia de una presencia divina o de una «intuición supraterrrestre», sino que, a lo sumo, en los escritos de sus campañas sólo reconoce sobre él y sus acciones la fuerza aleatoria de la *Fortuna* (p. 71, 79): *alea iacta est* dirá a las puertas de la guerra civil (p. 118). Étienne resume su lema en la frase «Ayúdate a tí mismo y el cielo te ayudará» —«aide-toi, le ciel t'aidera»— (p. 79).

Por el contrario, Étienne revaloriza el poder de César como individuo y como individuo además autónomo —que, esen-

cialmente, actúa y decide «en soledad»—, carismático e innovador. Así, más que por los sucesos de su vida agotados en sí mismos, es un interés por el hombre —y su singularidad— el que admite el historiador francés en su calidad de biógrafo: «c'est l'homme —Jules César— que nous suivrons pendant ces moments dramatiques» (p. 83). Esta orientación antropocéntrica se deja traslucir en algunos títulos de sus capítulos, que pretenden, como advierte el mismo autor, enfatizar el peso del actor por encima —aunque sin olvidarlo tampoco— del de sus actos: «Le conquérant des Gaules» (libro II, capítulo II) —y no «la conquista»—, «Le vainqueur de la guerre civile» —y no «la victoria»—, «Le monarque sans diadème» —y no «la monarquía», etc. De ello nace una reivindicación de la fuerza del genio personal de Julio César —la «force génésique du *Genius Caesaris*» (p. 219)— en su sorprendente trayectoria vital que acabó por fundirse con la trayectoria vital de la República moribunda.

En efecto, Julio César «croit en son destin» como descendiente de dioses y de reyes, pero, a la vez, desde bien joven, marca su independencia y entiende que debe erigirse en «maître de son destin». Según Étienne, «la trempe de son caractère» es «ne céder a personne le soin de conduire sa vie» (p. 14). Por ello, «il est bien le seul à décider et à modeler son destin politique autant que son destin militaire» (p. 83).

Por otro lado, en opinión de Étienne, César fue tan irresistible para la plebe anónima —«l'idole irrésistible de la plèbe» (p. 45)—, como lo fue para las mujeres (p. 59-67) y su carisma, sin lugar a dudas, le ayudó en su carrera política. Supo prender en las gentes de su época la llama del entusiasmo, no sólo por el peso incuestionable y «tangible» de sus victorias como militar, sino también por ser un hábil estratega en el campo de batalla más etéreo de la sensibilidad popular. Para Étienne son ejemplos de ello, entre otros, su aparición con ocasión de las *laudationes* fúnebres en honor

de *Julia* y de su mujer *Cornelia* (p. 40) o su empleo de la fascinación innata del pueblo por lo fastuoso (p. 45, p. 160-162). Por otro lado, él mismo en sus *Commentarii* se nos aparece como un general independiente, reflexivo, observador, lógico, racional, previsor, lúcido, imaginativo e intuitivo, diplomático y, de nuevo, con un gran sentido de las relaciones humanas: llamaba a sus soldados por su nombre, los felicitaba a título individual y era el primero de todos en coraje y bravura y en todo ello —en César como hombre en el arte de la guerra— reside la base de sus éxitos en el frente.

Además, César no se limita a heredar y, a partir de ello, perpetuar, sino que innova a partir de lo heredado. Julio César innovó, cuando a partir del material que le proporcionaba aquella su herencia política y religiosa fue, en palabras de Étienne, «l'un des premiers» que «a compris la puissance de l'idéologie politique ou religieuse sur une opinion désemparée» (p. 7) y, a raíz de esta constatación y gracias a su indiscutible carisma al que ya antes nos hemos referido, «a su sculpter sa propre effigie pour laisser encore mieux cheminer ses ambitions», grangeándose la popularidad «derrière la masque» (p. 7) —o el «rideau» (p. 155)— «de la propagande».

También innovó, cuando, en sus manos, lo antagónico de su bagaje personal no quedó en ambiguo, sino que se transformó en intermedio y lo intermedio era entonces todavía «une voie moyenne à découvrir, un programme personnel à inventer avec des moyens originaux» (p. 12-13). Este hecho es el que lo aleja irremediablemente de ser un simple demagogo extremista en sus inicios —o un tirano demagógico al final de su carrera—, calificativos que, en cambio, se merecen, por parte de Étienne, figuras menores como, por ejemplo, la de M. Emilio Lépido. Con el desarrollo paulatino de su programa, César fue construyéndose un «ego» enteramente propio.

El libro es, ante todo, una obra sobre Julio César, pero no olvida contextualizar

y ver en el contexto el marco ideal que posibilitó su figura. Étienne es consciente de la necesidad de enmarcar a César en relación a la(s) crisis del Estado romano y, al llevarlo a cabo, reconoce no perder de vista al futuro dictador (p. 19). Por los calificativos que el autor va desgranando a lo largo de sus páginas para describir a aquella sociedad de finales de la República, la de César es para el historiador francés una sociedad desamparada, «déséparée» (p. 7), desgarrada, «déchirée» y crepuscular (p. 19), necesitada, pues, de un padre —y César será «le père de tous»—, de un elemento conciliador de consenso —y César se erigirá en ocasiones como «champion de la conciliation» (p. 35, 19)— y del alumbramiento de un nuevo orden. César reunió todo esto en su persona y lo hizo además justamente en un momento en el que la «pression de la foule» —a la que tantas veces se refiere Étienne en sus páginas— exigía del hombre público tanto como le recompensaba su «enthousiasme». Étienne describe a una sociedad que oprime, presiona y encumbra al militar-político tanto como lo necesita. Es el entusiasmo de las masas el que concede la aureola de la victoria al general, lo ensalza y mitifica como salvaguarda del Estado amenazado y, al hacerlo, el mismo general, de talante autócrata en la recta final de la República, se convierte en amenaza para el Estado. Sus triunfos en el frente son, bajo este punto de vista, victorias pírricas para la oligarquía senatorial y la confianza por parte de ésta en la autoridad suprema —casi monárquica— de un general para que le ayude a escapar del caos de la anarquía representará, al final, la muerte misma de su República, la República de los *Patres*. Son éstos los mecanismos de «pression-enthousiasme» de la sociedad que permitió el encumbramiento de Julio César en un fenómeno de «boule de neige», mecanismos que, en el caso del «hijo de Venus», se vieron potenciados por el sutil encanto de la seducción. Así, aunque Étienne no dedica un capítulo, o no habla explícitamente, de

un Julio César hijo de su tiempo, bien pudiera haberlo hecho y, en cualquier caso, esta nueva «filiación» fluye, implícita, prácticamente bajo muchas de las páginas de su libro.

Ya en la recta final de su vida, tras su victoria en la guerra civil, se produjo la culminación de su programa político y «egoísta», cuando César empezó a dar forma a un nuevo modelo de mundo y de gobernante. Entonces más que nunca César es, a los ojos de Étienne, «fils de personne» (libro IV). Se trataba de un mundo definido por la monarquía absoluta, es decir por el gobierno de un solo hombre —y de su fiel gabinete—, con todo el despliegue de reformas que necesitaba para caracterizarse en el marco institucional, religioso e incluso social, de las que César se erige como promotor: en el marco institucional, acumulación de cargos en una sola persona bajo el manto de una ficción democrática, tutela de las magistraturas que «ne seraient plus que ses créatures, les gens de son parti» (p. 163), reforma del Senado transformado en «assemblée de courtisans» (p. 165) con la entrada por primera vez de numerosas burguesías itálicas y provinciales y de gentes de baja extracción; en el marco social, asistimos a la fundación de una nueva sociedad «endocrinée» y «manipulée» (p. 171) por la «puissance de la propagande» (p. 172), que no cuestiona al gobernante, sin grupos de presión ni partidos políticos (abolición de los *collegia* de esta índole), sin cabecillas en la oposición, eliminados con la baza de la reconciliación y de la clemencia, en contrapartida al recuerdo de las crueles procripciones sulanas (p. 173), e incluso sin clases sociales —o, por lo menos, tendente a esta utopía—, con toda una serie de medidas destinadas a su «nivellement» (*rogationes* y leyes para afrontar el problema de las deudas de los más necesitados, para regular las distribuciones gratuitas de grano, para conceder asignaciones agrarias en el *ager Campanus* en detrimento de las *occupationes* abusivas de la aristocracia, etc.);

finalmente, en el ámbito religioso, se operó una verdadera revolución de las creencias con la creación de cultos nuevos —*Venus Genetrix*, *Victoria Caesaris*, *Fortuna Caesaris*, *Mars Ultor*— para reforzar la imagen divina de César. Era éste un universo indudable y sustancialmente diferente de aquél que había encumbrado a Julio César, pero al que la República desembocaba, de la mano del genio cesariano, por pura necesidad histórica y que sólo se verá momentáneamente truncado por su asesinato las *idus* de marzo del 44 aC, un asesinato que Étienne denomina inútil y que sólo será una prolongación de la lenta agonía del sistema republicano.

Ahora bien, este análisis reflexivo y personal sobre la figura histórica de Julio César no impide que la obra de Étienne sea, al mismo tiempo, sistemática y positivista, con gran abundancia de hechos y datos, tanto referentes al contexto histórico como a la biografía estricta de Julio César. Étienne narra, cuando es necesario, con concisión diacrónica y casi analítica y con gran precisión documental: los acontecimientos se corroboran en nota, una y otra vez, con la referencia directa a la fuente antigua correspondiente, ya sea literaria (Suetonio y Plutarco, principalmente, pero también Apiano, Casio Dion, Salustio, Tito Livio, Virgilio, etc.), ya sea epigráfica (con la cita de las recopilaciones al uso: ILS, I.I., ILLRP, etc.). La rebelión de Lépido, las vicisitudes de Sertorio, el golpe a la justicia de clase en el proceso contra Verres, la conjuración de Catilina, el primer triunvirato, la conquista de las Galias, el paso del Rubicón, la conquista de Italia por César, el asedio de *Massalia*, la batalla de *Ilerda*, de *Dyrrachium*, de *Pharsalia*, el *bellum Alexandrinum*, el *bellum Africum*, la batalla de *Munda* desfilan a lo largo de las páginas de Étienne como sucesos dramáticos de una vida, la de Julio César.

Étienne comienza su libro con la pretensión de comprender más que de juzgar y, para ello, podemos decir que ha dirigido su mirada, no a Julio César como escul-

tura, sino a Julio César como escultor. Creemos que la imagen final de Julio César para Étienne y aquella que queda en la mente del lector de su *Jules César* es —la expresión tal cual es nuestra— la de un liberto de su propia herencia. Este «fils de Vénus», «fils de Mars» y —permítasenos añadir por parte nuestra— hijo de su tiempo es, al final del camino, en una clara alusión a la fuerza cada vez más arrolladora de su «individualidad», *stricto sensu* «fils de personne», hijo de nadie. Después de la lectura de la obra de Étienne, el lector parece intuir en Julio César a un hombre heredero a la vez que innovador, predestinado a la vez que dueño de su destino, mero propagandista y seductor nato a la vez que pragmático hombre de Estado y auténtico inventor de un proyecto político y, por todo ello, siempre controvertido, aunque seguramente no —o, al menos, no en la misma medida— contradictorio. Como ya se encarga de señalar Étienne en la introducción de su libro, Julio César «a soulevé de son vivant tant d'opinions contradictoires», «des récits tendancieux, des rumeurs» (p. 17) que, sin duda, es difícil y audaz pretender entender los últimos resortes de su compleja personalidad y saber verlo tras la máscara de su propia escultura, de su propia herencia y de su propio tiempo. En definitiva, siempre será de agradecer una nueva obra sobre Julio César, porque, parafraseando a su biógrafo Suetonio, podemos decir que «hay en César muchos César» (Suet., *Diuus Iulius*, 1, 3). En este sentido, debemos felicitarlos de que un autor de pluma tan ágil como sólidos conocimientos históricos como es, sin duda, Étienne, nos ofrezca de nuevo la posibilidad de atisbar una vez más a través del calidoscopio, en el sentido más etimológico del término (καλός, εἶδος, σκοπέω), de la obra y de la personalidad de quien es, en palabras de Étienne, «un de ces Géants, géniteurs de l'Histoire» (p. 279).

Maria Adela Barreda

Universitat Autònoma de Barcelona